

LAS CECAS DE POTOSÍ

Jesús J. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ



Introducción



PARA situarnos geográficamente diré que Potosí se encuentra en el altiplano de la actual República de Bolivia, aunque en época colonial pertenecía al virreinato del Perú hasta el año 1776, en que pasó a formar parte del virreinato del Río de la Plata. Este relato histórico se basa en datos bolivianos y de otros países del entorno. En ningún momento se nos tacha de esclavizar, maltratar o exterminar a los indígenas, como dice la historia negra inventada sobre todo por los anglosajones y creída por todos aquellos españoles poco o mal educados en su propia historia. Eso sí, se nos trata de codiciosos, pero ¿qué pueblo o imperio no lo ha sido?

Comenzaré hablando de la economía precolombina y entraré en materia comentando la fundación de la ciudad de Potosí y la construcción de las dos cecas o casas de moneda.

Época precolombina

El régimen económico en el Nuevo Mundo era primitivo; era un sistema en el que la producción, así como la distribución y el consumo de la riqueza, estaban manejados y regulados por sus caciques, que hacían de gobernantes. No existía el comercio como lo entendemos actualmente, y mucho menos la moneda. Las transacciones comerciales se hacían mediante trueque directo de especies, única forma en que podían satisfacerse las escasas necesidades del cambio en una sociedad de cultura embrionaria que contaba con lo indispensable para su subsistencia, como coinciden en afirmar los investigadores.

Mucho antes de la llegada de los españoles, los indígenas del imperio incaico contaban en sus principales centros de población con expertos en el arte de determinar la ley del oro y la plata, que utilizaban en la fabricación de sus adornos y utensilios. La ley del oro era aproximadamente de 21 quilates, según datos estimados. Tranquila y llevadera debía haber sido su vida social, con las luchas internas reducidas a la mínima expresión, porque todos trabajaban por igual y poseían bienes en idéntica forma.

La moneda metálica fue conocida en el Nuevo Mundo con el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, en cuyas naves se habían trasladado algunos reales y maravedíes en la convicción de que se buscaba el camino marítimo a las Indias Orientales, donde se pensaba que se encontrarían productos nobles.

La razón fundamental de la conquista española de las tierras del Perú fue la codicia por el oro, que predominaba en el ánimo y en la voluntad de los colonizadores. El botín conseguido en Cajamarca, acrecentado por los saqueos de las «huacas» (lugares sagrados) en el Cuzco, constituyó la primera riqueza metálica para los españoles en la zona que nos concierne.

A falta de monedas fueron puestos en circulación lingotes o barras con las iniciales del conquistador Pizarro. Posteriormente, para facilitar su manejo, las monedas se labraron a martillo, en forma de tejos, llevando como único sello o insignia la Cruz de Malta, siendo acuñadas en la localidad minera de Colque Porco, asiento minero distante diez leguas de la futura Potosí. Durante el mandato del segundo virrey del Perú, Antonio de Mendoza, apareció el segundo tipo de moneda peruana. Fue batido el metal precioso también a martillo, cortado con tijera, dividido en piezas de reales de a 8, de a 4, de a 2, de a 1, de a medio real y hasta de a cuartillos de real para facilitar las transacciones.

Potosí

A los 51 años del desembarco de Cristóbal Colón en la isla caribeña de Huanahani, un grupo de exploradores descubre un asiento minero incaico en los Andes meridionales. Se llamaba Colque Porco y allí empiezan a ejercitar el laboreo de las minas, encontrando la apetecida plata. Dos años después, casualmente el indígena Diego Hualpa protagoniza el hallazgo de vetas argentíferas en el monte llamado Sumaj Orko, bautizado al poco tiempo como Cerro Rico.

El primero de abril de 1545 los capitanes Diego de Zenteno, Juan de Villarroel, Francisco de Zenteno, Luis Santandía y el maestro de campo Pedro de Cotamito, «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y a nombre del muy augusto Emperador de Alemania, de España y de los Reinos del Perú, Señor Don Carlos V», toman posesión de la silenciosa montaña «faciendo la primera mina nombrada la Descubridora y faciendo las primeras casas para

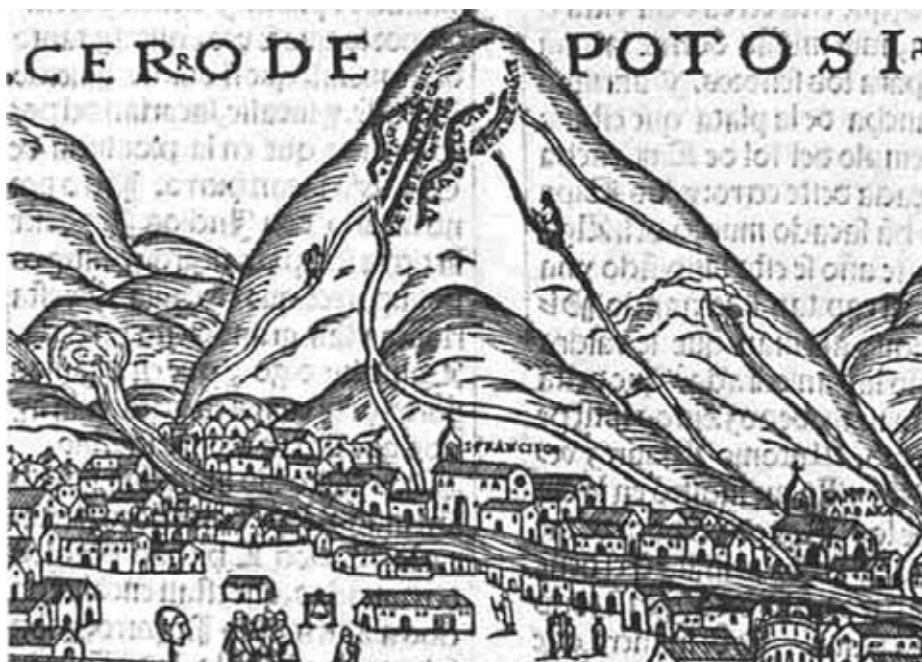


Figura 1. Plano de Potosí del siglo XVI.
(Foto: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia).

nos habitar en servicio de Dios nuestro Señor y en provecho de su muy Augusta Majestad Imperial». Así, en 1546, a los pies del Cerro Rico, nace Potosí (figura 1), a 3.967 metros de altitud (poco después recibiría el título de Villa Imperial).

El extraordinario monte del Cerro Rico tenía 5.183 metros de altura y su circunferencia era de una legua (5.572 m). Su cúspide semejaba un cono perfecto. El magnánimo cerro constituía «una roca ígnea cuyo interior está impregnado de materias metálicas en todas direcciones; contiene metales de plomo, estaño, cobre, hierro, pero se distingue principalmente por su gran abundancia de metal de plata en el estado de cloruros y sulfuros».

A los pies de tan novedoso pico de los Andes se da como por encanto el surgimiento de un núcleo humano que no se había dado antes en Europa ni en América; de un reducto inicial de 170 españoles y 3.000 indígenas, a los dos años se habían construido 2.500 casas que albergaban a 14.000 personas. Después el crecimiento se torna imparable: 60.000 en 1560; en 1580, los habitantes ascienden a 125.000; en 1600 a 145.000, y en 1630 la cifra alcanza



Figura 2. Plano de Potosí de 1768. (Foto: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia).

160.000 pobladores (figura 2). En la monárquica Europa las ciudades crecían lentamente en aquella época. Madrid albergaba a 10.000 vecinos a fines del siglo XVI, Sevilla a 45.000, París a 60.000 y Londres y Amberes a cerca de 100.000. En América, Lima, la capital virreinal (a la que pertenecía Potosí) tenía 38.000 pobladores según el censo de 1700 que mandó levantar el virrey conde de la Monclava.

En Potosí se da un salto inesperado de la simple agrupación municipal a una concentración demográfica intensa: negocios, lujos, mercados, riqueza y fama. «La villa semejaba un enjambre». El crecimiento era vertiginoso. Las numerosas órdenes religiosas se asientan sucesivamente y con el apoyo de los ricos mineros levantan 32 templos y varios conventos, cuya arquitectura rica y variada se conserva aún, al igual que casonas fastuosas y otras edificaciones administrativas.

La provisión de agua a tan creciente población —y para mover más de 300 «ingenios» (industrias) de plata— se logró mediante «una admirable red de acequias, sólidamente construidas de cal y piedra y perfectamente niveladas sobre las sinuosidades y asperezas de una serranía tan accidentada como la de Kari Kari, que puso en comunicación unas lagunas con otras recorrien-

do una extensión de más de cinco leguas, en cuyo trayecto existen no pocos túneles abiertos en roca viva, para dar paso a las acequias, en su correspondiente nivel».

Primera ceca

La sorprendente extracción de la plata del Cerro Rico, el crecimiento de la población, la expansión del comercio y el inesperado auge que alcanzó la ciudad potosina, entre otros factores, crearon la necesidad de organizar un centro de amonedación para facilitar las transacciones administrativas, laborales y económicas, no sólo en la región, sino también en la dilatada geografía del nuevo continente. La única solución viable para canalizar la creciente producción argentífera se cifraba en crear una Casa de Moneda, como lo habían hecho en México en 1535 y treinta años después en Lima. En 1568 el Licenciado Castro pedía al rey Felipe II la creación de una «Casa de Fundición y de Moneda», interpretando los continuos reclamos de los dueños de minas y comerciantes de la naciente villa del Cerro Rico. Después de tomar conocimiento de la preocupación, el virrey Francisco de Toledo, de visita en Potosí en 1571, eligió la «parte sur de la plaza del Regocijo, frente a la catedral, para la construcción de la Ceca, comenzando la construcción en 1572 bajo la responsabilidad del alarife (maestro de obras) potosino Jerónimo de Leto, concluyendo la obra a los tres años. Su costo ascendió a 8.321 pesos». La acuñación se inició de inmediato, aunque con una tecnología rudimentaria: eran hornazas (hornos pequeños que usan los plateros), donde se encontraban



Figura 3. Moneda macuquina de un real acuñada en 1730 (Felipe V).

los acuñadores, capataces, guardas y negros esclavos que hacían los trabajos más pesados. «Potosí era, en verdad, una de las grandes maravillas del mundo», como afirmaban en los centros peninsulares de mando, mientras que en las faldas del monte argentífero se vivía entre la plata y las monedas, la riqueza y el lujo, la ostentación y el poder, porque «el español o sus descendientes medían su prestigio social y por lo tanto su posesión económica, por su éxito o su fracaso en este círculo que marcaba el Cerro Rico», dando lugar a que se extendiese por el mundo el dicho «vale un Potosí» como símbolo de riqueza y de poder. La moneda de plata que aparece en la figura, de bordes recortados y acuñada en cospeles irregulares a golpe de martillo, fue batida en Potosí de 1575 a 1773. Se la conoce con el nombre de «macaquina» (figura 3), nombre que deriva de la voz quechua *makaikuna*, que quiere decir «la golpeada», porque Potosí técnicamente no estaba en condiciones de acuñar moneda circular.

Segunda ceca

Transcurren cerca de 200 años de funcionamiento de la primera Casa de Moneda y, pese a que la producción de plata del Cerro Rico atraviesa un periodo crítico, las autoridades reales de España conciben el proyecto de poner en marcha el relanzamiento del preciado metal. Constituye esta decisión un desesperado esfuerzo para enfrentar la crisis del reino, sufragar los gastos de guerras inútiles y el abultado costo de una frondosa nobleza improductiva.

Una de las principales medidas es construir una nueva Casa de Moneda que deje atrás las deformes monedas «macaquinas» — que por tan largo tiem-



Figura 4. Real de a ocho columnario de 1770 (Carlos III).



Figura 5. Real de a ocho de busto de 1807 (Carlos IV).

po circularon— y lance al mundo reales columnarios (figura 4) o de busto (figura 5). Fue necesario actualizar la vieja maquinaria, principalmente porque la moneda sellada entre los siglos XVI y XVIII era harto defectuosa, tanto en las figuras como en el peso y en el reborde, por lo que eran constantemente criticadas. Por otro lado, el aumento de las actividades mineras en territorio potosino hizo pensar en la necesidad de contar con una nueva maquinaria para fabricar moneda circular con cordoncillo (labor hecha en el borde de las monedas para que no fuesen falsificadas ni cercenadas). El marqués de Castelfuerte comunicó a los habitantes de la villa la orden real indicando que «los mercaderes de plata diesen dos reales de cada marco que fundiesen y esta plata se irá guardando con destino a la nueva Casa de Moneda en la que se labrase moneda de cordoncillo, como en la Casa de Zegovia; siendo este proyecto del señor Patiño» (intendente de la Armada).

La historia de los trabajos es interesante y reveladora. Costosos fueron los trámites hasta que por Real Orden de 16 de febrero de 1751 el marqués de la Ensenada (gran impulsor de la Armada), influyente colaborador de su majestad, hiciese conocer al presidente de la Casa de Contratación de Indias, don Francisco de Baras y Valdez, los nombramientos, los sueldos por año y el viaje que iban a realizar con destino a Potosí cinco técnicos.

En junio de 1752 parten de Cádiz rumbo a Potosí para la construcción y puesta en marcha de la Casa de Moneda. Los cinco técnicos con sus familias y sirvientes tuvieron que viajar vía Buenos Aires, gastando en conjunto 14.000 pesos. Por orden del rey la mitad de las dietas se cancelaron de su real hacienda y la otra mitad correría a cargo de ellos. En Buenos Aires se



El Cerro Rico visto desde los tejados de la Casa de la Moneda.
(Foto: Casa de Moneda de Potosí).

les provee de 12 carretas, a 200 pesos cada una, y 87 mulas, a 10 pesos por unidad. En la provincia de Chichas, ya en el Alto Perú, se les dota de 70 mulas al mismo precio. El agotador viaje culmina en la villa imperial en los primeros días de agosto de 1753.

El virrey realiza especiales recomendaciones para que la construcción comience de inmediato y ordena que la dirección sea asumida por el arquitecto Salvador de Villa. Los trabajos se inician en los primeros días de diciembre de 1759 en la plaza del «Gato». En 1770 asume en forma interina la superintendencia don Pedro Tagle y Bracho, asumiendo también la dirección de la obra. Efectúa varios arreglos, solucionando los problemas del agua, de las paredes del lado este y el acabado de la portada. La lápida que hizo colocar en el lado derecho de la portada dice: «Reinando la Católica Majestad del Sr. Don Carlos 3º, se concluyó esta Casa de Moneda Circular, en el año 1772» (aunque en la lápida pone 1772, no se concluyó hasta el año 1773).

La actual Casa de Moneda de Potosí fue construida durante el reinado de Carlos III, de diciembre de 1759 a 31 de julio de 1773, tardándose por tanto 14 años.

El cronista Pedro Vicente Cañete afirma que la Nueva Casa Real de Moneda Circular fue inaugurada el 31 de julio de 1773, con un costo total de un millón ciento cuarenta y ocho mil cuatrocientos cincuenta y dos pesos y seis reales (ocho reales equivalían a un peso o duro). Los entendidos estiman que hoy en día esta suma representaría alrededor de diez millones de dólares, según precios bolivianos. Razón tenía el rey Carlos III cuando al ser informado de la terminación de la obra y su costo dijo: «Todo el edificio debe estar hecho de plata pura...».

La Casa ocupa una superficie aproximada de 7.570 metros cuadrados, pero como sus habitaciones se distribuyen en dos plantas la superficie construida se aproxima a los 15.0000 metros cuadrados, lo que da una idea de su majestuosidad, y se complementa con cinco patios y alrededor de doscientos ambientes. Sus habitaciones están distribuidas alrededor de los cinco patios, tres de sur a norte y dos de este a oeste, que servían de ventilación. Su arquitectura barroca adquiere una vistosidad variada desde cualquier ángulo. Su portada, sus techumbres, sus balcones del primer patio, sus vigorosas paredes de piedra labrada de cantería, con partes de fino ladrillo... Y con dos altos techados de cedro y otras excelentes maderas; muchas ventanas con rejillas de hierro y vidrieras y con pocos balcones a la calle. El primer patio se destinó para habitaciones de los ministros principales, con una casa para cada uno; en fin, que en su conjunto aparenta una fortaleza infranqueable.

Aparte del costo monetario, miles de obreros contribuyeron con su esfuerzo durante tres lustros aproximadamente: indígenas, albañiles, maestros, ayudantes, carpinteros, plomeros, cerrajeros y capataces; sin dejar de lado supervisores, contadores, ingenieros y arquitectos. La organización técnico-administrativa de la Casa de Moneda se sujetaba a estrictas reglamentaciones elaboradas por el Consejo del Rey. Comprendía al tesorero como máxima autoridad, al que seguía en jerarquía el ensayador, quien tenía la misión de analizar las barras de plata y verificar los detalles pertinentes, colocando también las iniciales de su nombre en las monedas; cualquier irregularidad o fraude era de su exclusiva responsabilidad. Estaban también el fundidor, que obedecía las instrucciones del ensayador; el tallista, que labraba los cuños, y el juez de balanza, que controlaba el peso de las monedas.

El mineral que se extraía del Cerro Rico era trasladado a los ingenios, donde se procedía a la combinación con mercurio para separar la plata de sus impurezas. El mercurio o azogue era traído de las minas peruanas de Huancavélica, cuyo comercio monopolizaba la Corona.

El mineral, ya sin impurezas, era traído a los hornos de la Casa de Moneda en los que, a 960,5 grados centígrados, era convertido en barras o lingotes de plata de 25 cm de largo, 2 a 5 cm de ancho y 0,5 de espesor, que finalmente llegaban al complejo mecanismo de laminación. En total, los lingotes debían pasar por los doce asientos para ir compactando el material y lograr, de esa manera, el espesor correspondiente al corte de moneda a fabricarse. Pasaban luego a la sala de hileras para su cortado en círculos, denominados cospeles.



Fachada principal de la Casa de la Moneda. (Foto: Casa de Moneda de Potosí).

La relación del envío de tres máquinas laminadoras de madera y modelos para los instrumentos de acuñación fueron certificados por el secretario del Despacho del Rey, indicando lo siguiente: «Relación de los instrumentos que se remiten de estos reinos a la América, para el nuevo establecimiento que se debe hacer de la Nueva Casa de Moneda de la Villa Imperial de Potosí en cumplimiento de lo que ha resuelto el Rey, cuyos instrumentos van en los tercios, y cajones que expresan los números del margen». Este documento está firmado por el marqués de la Ensenada en el Buen Retiro el 3 de octubre de 1750. De otro lado, se recomendaba que una vez llegado todo el equipo a Potosí se colocase en lugar seguro donde no se maltratase ni extravíase hasta que se pudieran fabricar los instrumentos correspondientes a los modelos que se remitían. Para la fabricación de los instrumentos se hacía constar el envío de «330 quintales de fierro, 15 de acero y 15 de plomo».

Este sistema fue utilizado desde el 15 de mayo de 1767 (aún estaba en construcción la nueva ceca) hasta 1869, año en el que se comenzó a trabajar con nuevas máquinas de acuñar. En 1825 se acuñó la última moneda española en esta ceca.

Los hornos —cuyas salas actualmente se conservan como en siglos pasados— comprendían dos soportes de hierro que sujetaban una callana o cesta que a su vez soportaba un crisol de grafito, completándose con un cucharón, lingoteras y fuelles para dar aire. El fuego en los hornos era alimentado con «keñua», arbusto nativo, siendo mezclado con «taquia», excremento seco de llama que tiene la propiedad de arder más tiempo, elevar más la temperatura y producir menos humo.

La producción del blanco metal adquiere cifras inimaginables. Sólo en los primeros 28 años se testimonia que «el Tesoro de Potosí pasó un balance al Rey de España por el que resultaba que el producto de las minas de plata desde 1545 hasta 1573 había sido de 820 millones 513 mil y 893 duros, cantidad mayor que se calculaba que era el caudal metálico circulante en todos los Estados europeos». Y si se pudiera averiguar lo que se sacó de contrabando, se podría juzgar cuánto mayor sería la suma.

Conclusiones

Para concluir, decir que la construcción de edificios principales, edificios religiosos, obras públicas y militares de todo tipo nos lleva a pensar en la ingente labor que realizó España en sus colonias americanas y sentirnos orgullosos de aquellos nuestros antepasados que tanto esfuerzo y sangre dejaron, en particular los marinos de la flota de la Carrera de Indias.

Cecas españolas en América

Buenos Aires, Caracas, Cartagena, Cuzco, Chiloé, Chihuahua, Durango, Guatemala, Guadalajara, Guanajuato, Guayana, Huatla, Lima, Maracaibo, Mendoza, México, Morelos, Nuevo Reino (Bogotá), Oaxaca, Pasco, Popayan, Potosí, Querétaro, Real de Catorce, Rioja, Santa Marta, Santiago de Chile, Santo Domingo, Sombrerete, Tegucigalpa, Tierras Calientes (Huétamo de Núñez), Tlalpujahuá, Valdivia, Valladolid de Michoacán, Zacatecas, Zacatlan, Zongolica.



BIBLIOGRAFÍA

- CAÑETE, Pedro Vicente: *Guía histórica y geográfica del Gobierno e intendencia de la provincia de Potosí*. Editada en Potosí, 1952.
- FERNÁNDEZ, Luis Alfonso: *La Casa Real de Moneda (Potosí)*. Editorial «Los amigos del libro». La Paz-Cochabamba, 1979.
- OMISTE, Modesto: *Crónicas Potosinas*. Tomo Primero, Tercera Edición, Empresa Editora «El Siglo». Potosí, 1981.
- BENAVIDES, Julio M.: *Historia de la moneda en Bolivia*. Editorial Universo. La Paz, 1972.
- ARZANS DE ORSÚA Y VELA, Bartolomé: *Historia de la villa imperial de Potosí*. Editorial Lewis Hanke y Gunnar. Mendoza, 1965
- BURZIO, Humberto F.: *La ceca de la villa de Potosí y la moneda colonial*. Editorial Peuser S. A. Buenos Aires, 1945.
- CUNIETTI FERRANDO, Arnaldo J.: *Monedas y medallas, Cuatro siglos de historia y arte*. Editorial Manrique Zago. Buenos Aires, 1989.
- LUCAS, Jaime Julio: *La villa imperial de Potosí*. Editorial Populares Camarlinghi. La Paz, 1975.
- OMISTE, Modesto: *Crónicas potosinas*. Editorial Cultural del Sud, 1992.
- Museo y Archivo Histórico de la ceca de Potosí.